

BENITO SANTECCHIA, sdb, 1931-1997 (Carta mortuoria)

DATOS BIOGRÁFICOS

La crónica de Benito comienza el 9 de noviembre de 1931 y concluye repentinamente en la madrugada del 10 de marzo de 1997. Nació en Bahía Blanca, de Benito Pedro y Ángela Rosa Muscolini. La familia gozaba de un discreto pasar hasta que fue golpeada por la desocupación. La memoria de esos años duros perdura en el recuerdo de los hermanos mayores.

Cursó la primera parte de los estudios primarios en el Colegio Don Bosco de Bahía Blanca, y la segunda en Fortín Mercedes como aspirante salesiano. El desarraigo -una experiencia que repetirá muchas veces- lo hizo sufrir. Su hermano Heriberto lo recuerda en los primeros días deambular lloroso y entristecido por los pórticos añorando el afecto de la madre lejana. En Fortín Mercedes fue novicio, estudiante de latín y griego, y normalista. Se desempeñó como maestro en varios colegios. Hizo su primera profesión religiosa en 1948, y seis años más tarde la profesión perpetua.

En 1955 viajó a Turín a realizar estudios teológicos. Fue compañero del actual Rector Mayor, Pbro. Juan E. Vecchi. Este precisamente al saber de la muerte del hermano y amigo escribió: "La noticia me ha impresionado y conmovido. Nos unía una amistad larga y profunda porque fuimos compañeros de vida y fatigas. En él admiramos siempre la vivacidad de carácter, gestos e inteligencia animada por el espíritu de sacrificio y el gusto de la amistad. Su capacidad de trabajo queda documentada en muchas iniciativas, entre las que sobresale el Centro de Estudios de Buenos Aires".

En Turín, Benito se graduó de licenciado en teología, y el 11 de julio de 1958 fue ordenado sacerdote.

De regreso a la Argentina asumió la dirección de estudios del Colegio La Piedad, y luego, cátedras de Teología en el Instituto Villada (Córdoba, 1961-63). Posteriormente viajó al Instituto "Lumen Vitae" de Bruselas, donde en 1964 recibió el diploma de catequesis y pastoral con "la plus Grande Distinction". En Roma, en 1966, se doctoró en teología. A su regreso actuó de nuevo en Villada (1966) y en el Colegio Don Bosco de Bahía Blanca (1967). Desde 1968 a 1975 fue profesor en el Instituto Superior "Juan XXIII" de Bahía Blanca. Ocupó las cátedras de Teología, Psicología Religiosa, Historia de la Religión y Antropología Filosófica. En 1972 redactó el Documento de Pastoral Catequética que sería presentado a la Asamblea Plenaria del Episcopado Argentino. En 1973 suplió al primer Rector y fundador del Instituto "Juan XXIII", Pbro. Dr. Osvaldo Francella. En 1975, tras el asesinato del Vicerrector, Carlos Dórnak, y a raíz de amenazas de muerte, debió exiliarse.

Esta obligada lejanía se constituyó en lacerante desgarró, porque en ese momento significaba la aceptación implícita de la delincuencia institucionalizada y porque interrumpía bruscamente su desempeño en el "Juan XXIII", en donde venía desarrollando una actividad de notable repercusión religiosa, social, cultural, como lo recordó el Rector, Pbro. José J. Del Col, en los funerales (12/3/97), considerándolo "un precursor y promotor de lo que hoy se llama inculturación del Evangelio y evangelización de la cultura". Durante su forzoso itinerario por Israel, Europa y Paraguay, mantuvo contacto permanente con el "Juan XXIII", intensificado desde su retorno a la Argentina. Como fundador y rector del Instituto Salesiano de Estudios Teológicos (ISET) concretó proyectos académicos que derivaron en valiosas coediciones de ambos institutos.

1975-76: Profesor de Teología en el Instituto Teológico de Cremisán (Israel).

1976-77: Profesor de Teología en la Universidad Pontificia Salesiana (UPS) de Roma.

1977: Proyecto de un año de relativo descanso para retemplar fuerzas.

1978-85: Profesor en diversas disciplinas en la Universidad Católica de Asunción (Paraguay).

1986-89: Desempeñó funciones pastorales y docentes como personal de la Casa Inspectorial de Bahía Blanca.

1990-96: Se consagró enteramente a la organización y conducción del ISET, abarcando no sólo la acción docente, sino también la investigativa y la editorial con la revista cuatrimestral "Proyecto" y las ediciones cuatrimestrales de la Colección "Estudios Proyecto", como "Fe cristiana y realidad social", "Evangelización y cultura", "Historia de la Iglesia", etc. Colaboró asimismo con el Boletín Salesiano, escribiendo artículos apetecidos por su estilo cautivante y denso de doctrina.

TESTIMONIOS ACERCA DEL P. BENITO

La figura de Benito pareciera acrecerse después de su repentina muerte. Ya en sus funerales, la congoja y la consternación de muchas personas demostraron que su paso por la vida no resultó indiferente. Pergeñar algo sobre lo que él fue resulta difícil, porque a medida que el tiempo transcurre surgen testimonios nuevos de su incansable actividad y del afecto y de la admiración que supo suscitar. Basta recorrer las páginas del Boletín Salesiano argentino de abril y mayo para convencerse de la trascendencia de su personalidad.

Espigando algunos de los testimonios

El P. José Nicolussi, Consejero General para la Formación de los Salesianos, agradece al Señor "el don de la vida, del testimonio y del generoso servicio del querido P. Benito Santecchia". Y añade: "Pienso especialmente en la incansable entrega de estos últimos años en la fundación, en la estructuración y en el desarrollo del ISET".

Por su parte, el P. Juan Cantini, desde la Inspectoría de Rosario se declara "hermano, compañero de juventud y amigo", eleva su agradecimiento al Señor por "toda la riqueza que su generosidad le concedió aportar en el campo de la misión de Don Bosco y de la formación sacerdotal" e implora "el gozo de la visión del rostro de Dios a cuyo misterio dedicó en vida toda su pasión de estudioso y todas sus energías de salesiano y sacerdote".

Idénticos sentimientos expresan otros inspectores de la Cuenca del Plata, destacando sus reconocidos méritos en el campo de la formación, la catequesis, la pastoral y la teología.

Tal vez fue en el Paraguay donde dejó sus más profundas huellas y que él adoptó como su segunda patria. Desde la Inspectoría de Asunción llegaron estos renglones: "...brilló por su sabiduría, su sencillez, su gran cariño a nuestro pueblo y a nuestros jóvenes...

Lo que más impresionó fue... su enorme capacidad de ganarse la simpatía por su bondad y cordialidad, por su sonrisa a flor de labios, por sus bromas de amigo, por su sencillez casi increíble en un hombre dotado de una brillante inteligencia; una inteligencia combinada con su corazón de Pastor como el de Don Bosco 'inmenso como las playas del mar' ".

Un sacerdote diocesano del sur argentino expresa "su admiración más que por su aguda inteligencia, por su fidelidad sobre todo en los momentos más duros".

El P. Juan Picca de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma reconoce en Benito "la preparación no común y su visión amplia y generosa en su misión" y ofrece su "sufragio afectuoso por un amigo inolvidable".

Gabriel Aranguren, Director del reconocido Instituto Pastoral de la Adolescencia (IPA) de Buenos Aires, afirma: "Benito fue siempre un gran norte en quien guiarnos e inspirarnos. Sus intuiciones, su firmeza y su valentía nos animaban y ahora también nos comprometen.

La catequesis de nuestro país recibió de Benito un gran aliento. Por ese motivo muchas veces pasó por nuestra casa. Su paso era abrir puertas, era abrir ventanas; sostenía y fundamentaba nuestras intuiciones como quien hace mucho tiempo ya está convencido...

Nuestra oración también es gratitud al Padre porque ha suscitado entre nosotros hombres que nos dieron Esperanza".

Las expresiones de la Comunidad de las Misioneras de Cristo Resucitado, publicadas en el Boletín Salesiano argentino (mayo 97) lo describen espléndidamente: "Vivió entre nosotros como un peregrino incansable del misterio de Dios y del hombre; vimos en él a un experto formador y tesorero buscador del escondido tesoro del Reino y de los sedientos de la fuente de agua viva. (Qué simpleza para buscar la verdad desnuda de las cosas! (Qué audacia para comunicarla y defenderla! (Qué amor a Cristo! (Qué amor al ser humano!... (Sólo Dios sabe cuánto nos ha dado de la riqueza de su caridad pastoral y de su cercanía paternalmente sacerdotal, de su carisma de formador y de su inquebrantable amistad!... Ha sido un valiente y desinteresado defensor (nuestro)..."

Y del Obispo Emérito de Mercedes, Uruguay, Mons. Rubio, sdb, son estos renglones: "Alegría, verdad y caridad: el trinomio que sintetiza muy bien lo que fue la existencia del P. Benito. Su vida supo de calumnia y de persecución, motivo de voluntario destierro, pero ello no significó nunca ni claudicación en proclamar la Verdad ni resentimiento que disminuyera el ardor de su Caridad ni empobrecimiento de su Alegría contagiosa".

Su ex-alumno, Pbro. Lic. Juan Rebok, recuerda al "amigo sincero y leal" y admira "su inalterable adhesión a valores fundamentales" entre los que sobresale la oración personal y comunitaria: "Le gustaba la sencillez en las celebraciones y destacaba la dignidad de la oración eclesial". Con otros ex-alumnos sacerdotes lo reconoce como "uno de los mejores profesores de Teología" y admira "su profundidad teológica unida a un gran sentido pastoral".

SACERDOTE Y PROFETA

Mas allá de la crónica, la vida de Benito tuvo un rumbo luminoso que marcó su derrotero: el misterio de Cristo Resucitado. A los sacerdotes que más amó y admiró los encontró apasionadamente orientados por el mismo rumbo: S.S. Pablo VI, Hugo Gallizia, José Quadrio, Egidio Viganó, Jaime de Nevaes, Enrique Angelelli y otros, eran nombres frecuentes en sus labios. Advertía en ellos, como cimienta de su entrega sacerdotal, la atracción dominante del Señor Jesús y una calidad humana cargada de autenticidad y de significado. "Con un oído en el evangelio y otro en el pueblo", como dijera "el pelado" Angelelli.

Esta decisión por trasegar a los hombres, mediante la palabra y la acción, el mensaje evangélico, convertía a Benito en un testigo simultáneamente seductor y resistido. En momentos despiadados de la Argentina, las resistencias se convirtieron en condena de muerte. Tal ocurrió el 21 de marzo de 1975, cuando asesinos de la "Triple A" o de algún otro sector protegido por el poder ingresaron a la residencia salesiana del Juan XXIII para matarlo. La técnica de "zona liberada" -que tuvo la experiencia piloto con López Rega y que durante el gobierno militar se convertiría en práctica habitual- no daba espacio a ningún tipo de legalidad o de protección jurídica, de manera que Benito debió huir primero a Montevideo y después a Europa. Durante el exilio murieron los padres. Fue una prueba muy dura. "Perdono a

aquellos que impidieron que yo estuviese junto a mis padres en sus últimos momentos”, confesó a un familiar. Los afectos de Benito eran profundos y privilegiaban particularmente tres modos de ser familia: la salesiana, la de la sangre, la de la amistad.

Sentir el evangelio como una urgente interpelación al hombre contemporáneo, hizo de Benito un teólogo en diálogo constante con su tiempo. Manejaba el código de comunicación con la vigencia que exige del interlocutor una respuesta o una reflexión impostergable.

Podríamos decir que ponía idéntica pasión en la profundización de la Fe y el enriquecimiento de su teología como en conocer y comprender la realidad contemporánea y su problemática.

El mensaje no resultaba indiferente, provocaba apasionadas adhesiones o firmes rechazos. Los artículos que escribió en el Boletín Salesiano se destacan por el poder de la palabra que comunica la verdad de Cristo con el impacto perdurable e irresistible de quien siente el vigor del lenguaje cotidiano, el que emplea para trabajar, descansar, aceptar, rechazar, amar, odiar, en definitiva, para ser tenido en cuenta.

Por ello en la emocionada despedida que se le dedica en la revista salesiana de abril 97, el autor exclama: “...pidamos que haya alguien que quiera seguir su camino en el Boletín Salesiano; no pido uno igual porque sé que es imposible. ¡Fue único!”

Por esa vigencia de la contemporaneidad, Benito era requerido por muchas personas que encontraban en él al sacerdote “tomado entre los hombres y puesto en favor de los hombres” (Hb 5,1). El asedio era permanente exigiéndole consejo y entrega hasta el agotamiento. Los que disfrutaron de su guía espiritual atestiguan su extremado respeto por las convicciones de los demás. No imponía, proponía. A pesar de su carácter impetuoso e impaciente, no precipitaba los tiempos de nadie, simplemente intentaba desde la fe entrar en sintonía con los ritmos que conducían la existencia del otro.

Amaba con profunda convicción su destino sacerdotal. Tras el ropaje de un habitual humor pícaro, vivía el sacerdote fiel a Cristo, a la Iglesia, al carisma de Don Bosco. En cualquier momento y en cualquier lugar su contacto con la gente ponía en evidencia al sacerdote despojado de toda solemnidad clasista, volcado hacia el pueblo con el bagaje conquistador de su subyugante simpatía.

En el ministerio sacramental unía una profunda unción al afectivo encuentro de la participación comunitaria. Sus misas no “pesaban”, se disfrutaban. Era un rezador sin fracturas. Durante el primer año de teología, ocupaba el recreo de la noche recogido en la capilla de “La Crocetta”.

Hombre de oración y de fe, en permanente vigencia del misterio de Cristo resucitado, fue para muchos portador de vida y de esperanza.

Vivía peligrosamente. Se olvidaba de que su salud se iba resquebrajando por el exceso de trabajo y de preocupaciones. A veces subsanaba las recurrentes dolencias con terapias ingenuas y antojadizas. Pero, a pesar de que el estado físico entraba en zona de riesgo, su entrega continuaba incondicional, sobre todo cuando entendía que la justicia y la verdad demandaban solidaridad y compromiso. Una de sus últimas luchas tuvo como epicentro la defensa del sacerdote Adolfo Antelo, fundador de la Comunidad de Misioneras de Cristo Resucitado. Las cartas que Benito escribió al Director de AICA y a los periodistas de “La Nación” y de “Clarín”, que habían entrado en el juego de la difamación contra Antelo y su comunidad, están cargadas de violenta indignación. En estos casos Benito no se ahorraba, más aún, podía desmadrarse.

Amar al prójimo era gastarse en el trabajo y en el servicio de los otros. Pero la entrega, no obstante sus paréntesis de impetuosidad, estaba siempre sazonada por una alegría contagiosa que lo convertía en alguien esperado, anhelado y querido. Hacía sentir su presencia sacerdotal a través de la amistad y del afecto. El P. Benjamín Stochetti, así expresó su recuerdo de Benito:

“Para mí era ‘el amigo sacerdote’. Con él podía comentar temas de actualidad e iluminarlos con la Fe, arriesgando opiniones personales que casi siempre coincidían. Podía también pedir su asesoramiento teológico o pastoral seguro de garantía doctrinal actualizada, rica y sólida abrevada en los mejores teólogos contemporáneos.

Por Fe, por temperamento y por inteligencia estaba alistado permanente y decididamente en la renovación postconciliar, férreamente adherido al Magisterio auténtico de la Iglesia; por ello mismo y por una intuición nada común era capaz de alcanzar el futuro y penetrar más allá de las apariencias, justipreciando valores de la cultura contemporánea sobre todo juvenil y detectando sus lacras, muchas veces latentes.

No ocultaba su convencida y entusiasta admiración por Don Bosco y su Sistema Educativo y por la renovada presentación de Don Viganó a quien le unían estrechos lazos de amistad.

Su palabra oral o escrita brillaba tanto por su forma penetrante, ingeniosa y chispeante como por su contenido rico, sólido y profundo.

Bueno es recordar sus artículos del Boletín Salesiano argentino, tan apreciados y aprovechados por párrocos, catequistas y docentes católicos”.

La densa síntesis del sacerdote amigo se puede condensar aún más diciendo que Benito se esforzó por actuar en su vida -como real “alter Christus”- al Cristo Liberador. Librar de las servidumbres internas y externas fue su empeño de vida. En contra de una praxis pastoral amenazadora que guía a los cristianos mediante técnicas de “estado de sitio”, él se esforzaba por mostrar al Dios del amor, de la confianza, de la esperanza. Era una posición peligrosa. Había eclesiásticos -quizá todavía queden algunos- que por diversos motivos (personalidad neurótica, conservadurismo, ambición de mando...) conducían a los fieles con el recurso de la amenaza; el temor les daba prestigio y sometimiento. Librar del miedo significaba despojarlos del poder. La guía espiritual de Benito provocó dificultades por esta causa; con él era imposible pensar en cristianos domesticados; lograba que las personas asumieran responsabilidad ante las propuestas liberadoras del Señor Jesús.

No era un sometido, de “arrear con un piolín”. Su temperamento vigoroso y, a veces, empecinado, le hacía cometer errores. Difícilmente verbalizaba su arrepentimiento, pero tenía formas equivalentes de hacerlo, como un gesto de amistad, un pequeño obsequio, un encuentro bullanguero.

Como sacerdote, “era un seductor”, comentaba un ex-alumno. Unía a la disciplina de estudio y a las intuiciones geniales un poder de comunicación que impedía las resistencias. Estudiar con él significaba entregarse a la gozosa aventura del espíritu. En la conmovedora despedida del miércoles 12 de marzo, día de su sepelio, en la Iglesia del Colegio Don Bosco, una ex-alumna, la Prof. Mercedes Arteché decía:

“Fue el hombre abierto; abierto a la vida, al tiempo que le tocó vivir. Capaz de asombro y de cambio. Abierto a los demás hombres; a los jóvenes, a los que fuimos sus alumnos. El que nos supo mirar siempre con la esperanza de poder encontrar en nosotros una porción de verdad, de belleza, de bondad...”

Fue el hombre equilibrado, que supo gozar la vida y establecer relaciones de amistad con muchas personas; sano por dentro y por fuera.

Fue el hombre del diálogo, capaz de sentarse a la misma mesa y compartir y aceptar nuestras ideas, creencias y valores, sin miedo y sin resistencia, para buscar caminos de acuerdo.

Fue el hombre de fe, con un gran sentido de Dios y un gran amor a Jesucristo.

Fue el hombre conducido por el Espíritu; el que nos enseñó a saber leer los signos que se nos presentan en la historia real, en las situaciones concretas; a saber ser libres, sin ataduras a leyes fijas, a normativas externas y a experimentar un gran amor a la persona de Jesucristo.

Fue el hombre de servicio, porque supo traducir su compromiso con Dios en un compromiso real con el hombre; porque nos mostró la lucha por la transformación de estructuras injustas u opresoras.

Fue el hombre del coraje; constante, coherente,... que nos enseñó el gran significado de la libertad interior para no claudicar ante las amenazas y ante los engaños y adulaciones.

Y fue el hombre de la simpatía. Con la capacidad de sintonizar y comprendernos en nuestras debilidades y faltas. Capaz de sentir y reír con nosotros; de confiar y ser confiable. El que supo hacer saltar la chispa de lo sorprendente y de lo bello ... del don del humor. ¿Cómo olvidar ese cariño, esa alegría y esa vivacidad que le surgían espontáneamente?

Y fue el hombre de la poesía, de la profesionalidad, del saber, de la responsabilidad, del conocimiento...

Fue el hombre que nos enseñó que el cristiano vive en el mundo pero no es del mundo..."

PARTIDA REPENTINA, NO IMPREVISTA

Las palabras de Mercedes Arteche dan exacta idea de las dotes más sobresalientes de Benito: apertura intelectual, equilibrio, capacidad de diálogo y de conducción, actitud de servicio, coraje frente a las servidumbres, simpatía, contagiosa alegría, y, sobre todo, apasionada adhesión a Cristo.

Este recorrido biográfico no puede eludir una referencia a las circunstancias que rodearon la muerte de Benito. Fue una muerte repentina pero no imprevista. De tiempo atrás se advertía el deterioro físico. Además él era desaprensivo con respecto a su salud; no daba importancia a síntomas normalmente preocupantes. Por otra parte, los dos últimos años del ISET fueron duros; alguna vez dejó deslizar entre los más íntimos la soledad en que se debatía por falta de comprensión y colaboración. Qué incidencias haya tenido cada una de estas circunstancias en el colapso final es difícil decirlo. A veces, con la frase "Dios lo quiso" los hombres intentan eludir la propia responsabilidad, refugiándose en un aséptico fatalismo que permite alzarse de hombros sin inquietudes de conciencia. Sea como fuere, Benito ya no está. Y el vacío provocado por su desaparición será difícil llenarlo. Su penetración teológica, su testimonio de fe, su adhesión a Cristo Jesús, su entrega al prójimo, su presencia amada, su personalidad seductora, su guía segura ya no nos pertenecen.

EL CORAZÓN DE BENITO

Gracias a la colaboración de su amigo, el P. Héctor D' Angelo, a quien confió escritos personales pocos días antes de su muerte, y alguna páginas de su "Cuaderno Espiritual" en el que ocasionalmente registraba reflexiones, desahogos, diálogos apasionados con su Señor, podemos asomarnos a su corazón para apreciar y admirar más todavía los rasgos más salientes de su personalidad.

"El haber sentido y experimentado en algún momento de mi vida que soy amado por Dios, así como el sentirme pecador, constituye la raíz de mi existencia. Y este hecho fundante es mi documento de identidad. (¿No es acaso el documento de identidad del hombre en la Biblia? ¿No es acaso el DNI del creyente?)"

"Deus meus et omnia!: Dios, dejarme modelar por Dios... Si no amo a los hombres quiere decir que no soy 'discípulo'. Pero... no invertir el orden: primero 'discípulo' de Dios".

Por ello se propone "organizar la vida sacerdotal y profesional desde la Fe" y buscar una espiritualidad apta para la misión, precaviéndose de "esquemas misticoides que desvirtúan la realidad".

" Pero, todo el problema radica en la conversión: el núcleo del ser debe estar informado por la Gracia".

"Que Dios sea, para que el hombre sea. (Descentrarse)

Ante Dios: no usarlo. Adorar. Confiar.

Ante los hombres: no usarlos. Respetar. Servir".

...

La durísima experiencia del 75, ("calvario" lo llama su amigo, el P. José J. Del Col, "agonía" prolongada fue para el entonces Consejero Regional, P. Juan Vecchi), le hizo sentir hasta lo indecible la angustia de la soledad .

Siente la angustia de que el temor lo domine, pero "el amor ahuyenta el temor" y clama: "Jesús, que la confianza filial que tuviste hacia tu Padre se encienda en mi corazón. ¡No me abandones, Señor! ... Virgen María, recíbeme en tus brazos, como recibiste a la Iglesia dispersa el Viernes Santo".

"Poner toda mi confianza filial en Dios. El sabe lo que hacer".

"Cada vez se me clarifica más: Dios sentido, buscado, vivido ... Dios, hecho conciencia de mi propia conciencia. El verdadero pecado es NO TENERLO EN CUENTA".

Es así como la cruz, su cruz lo irá purificando en la Fe, "como el oro en el crisol".

"Aduge nobis fidem! Señor, haz que vea. Aunque todo conspire en contra; aunque todo lleve a una 'Fe secularizada', debo obedecer a la llamada de Cristo. Tengo que llegar a ser factor de unidad en la Iglesia (Veritatem in charitate)".

"Estoy abrumado por el misterio de la Fe. Creer, ¿es un privilegio... una misión... un servicio?" ... "Creer es incómodo, de lo contrario no es creer".

Y, sin embargo como Pablo, por creer verdaderamente, siente la necesidad de anunciar el Evangelio HOY: "Es desconcertante... Siento que es más misterioso ANUNCIAR LA FE que creer".

Después de releer la *Presbyterorum Ordinis* exclama: " ¡Hermoso! (Qué lejos estoy! Veni, Domine Jesu! El misterio de la Fe sigue siendo mi obsesión".

Después de un año "de durísima crisis" (1976) vuelve a pedir: "Aduge nobis fidem, Domine Jesu" y a pocos meses sentencia: "La cruz es la única forma de creer". Por ello y para seguir moldeando su personalidad de acuerdo a Cristo, "cristificándose" como le gustaba expresarse, confiesa: "Se requiere 'VOLUNTAD', en todos los sentidos de la palabra, pero esa 'voluntad' que se funda en la meta y la raíz de la vida: Cristo".

Esto lo obligará a REZAR, palabra reiterada, subrayada, resaltada en rojo. Será también una especie de obsesión. Lo necesitaba, le gustaba, se lo exigía: "¿Cómo recuperar el gusto y el sentido por la Eucaristía? (=oración ante el Santísimo, visitas)", y se compromete a ser fiel a todos los momentos, incluido el Rosario.

Lamentando que lo urgente e inmediato ahogue lo necesario, sentencia: "Cuando no hay tiempo para rezar, no se está haciendo lo que Dios quiere". Y precisa: "La plegaria pierde su sentido no sólo ni ante todo por el exceso de ocupaciones sino por falta de fidelidad"; enumera una serie de "clásicas objeciones" (en realidad son excusas baratas), para deshacerlas una a una. Así, frente a la tensión posible entre vida-acción-oración sostiene la necesidad imprescindible de momentos consagrados a la oración: "Son momentos de vida intensa, de un existir en esperanza, de un existir sacramental".

La verdadera oración es "responder con disponibilidad al Padre en y desde la materia viva de nuestra historia que es pecado... gozo... fracaso...: debo marcar al día los espacios de oración".

"Cada vez se me hace más claro este imperativo: debo orar, pase lo que pase... aunque no entienda... ¡ORAR ... ORAR!"

El 11 de julio del '75 celebra sus 17 años de ordenación y consigna: "Deo gratias per Mariam! Quede bien en claro: Eucaristía, Liturgia de las Horas, Penitencia, Santo Rosario, Esse sacerdotal (ser - obrar - sentir)... ORAR".

En relación con los demás también trata de modelar su personalidad de pastor:

"Veo con claridad que debo optar por un tipo de personalidad ...: ¿cómo compaginar mi temperamento ... rebelde, irónico, 'creativo' con el sacerdocio que es docilidad, comprensión, atención a la palabra?"

"Todo con claridad y verdad, de lo contrario soy un cobarde. BONDAD - FORTALEZA: en esto incluyo todo; la fórmula no es técnicamente perfecta pero capta bien mis exigencias" ... "Inspirar bondad. Llegar a instintos de bondad: pensar bien, buscar el lado bueno... No buscarme a mí mismo porque esto me hace duro con los otros; sensible a todo y a todos, nada me debe turbar".

A pocas semanas del atentado, en abril del '75, concluye su retiro en el monasterio "Santa María, Madre de la Iglesia" de Montevideo con estas palabras: "Gracias, Señor, porque me diste la gracia de perdonar a todos. Rezo por ellos..."

Buscando la definición más acertada de su personalidad creo que nos la dio él mismo: "Yo existo: para que venga tu Reino. Soy creyente: para que venga tu Reino. Soy ... soy... soy...: ¡para que venga tu Reino!"

Y confía su ideal a su Madre: "María, la primera criatura fidelísima, la primera Ecclesia, la primera libertad liberada absolutamente para Dios. El primer Fiat de la creación nueva... (Séame luz la Madre-Virgen! A ella me consagro".

Como conclusión esperanzada, pueden servir unas apreciaciones formuladas por el P. Del Col en una semblanza del P. Benito, así como unas reflexiones expuestas por el P. Inspector, Joaquín López Pedrosa, en la misa exequial que se celebró en Bahía Blanca.

El P. Del Col destacó los siguientes rasgos de la personalidad tan polifacética y original del P. Benito: "inteligencia preclara, excepcional competencia en lo teológico y pastoral; dinamismo y empuje; capacidad creativa y organizativa; nítida captación de la problemática moderna y ansia de abordarla e iluminarla evangélicamente; palabra fácil, certera, persuasiva; gran sentido del humor; verdadera fascinación personal; profunda comprensión y calidez humana y culto de la amistad ... Sentía una verdadera pasión salesiana y eclesial, sobre todo por la evangelización de la cultura. Prueba de ello, y quizás la mejor cristalización de su quehacer educativo-pastoral, es el Instituto Salesiano de Estudios Teológicos (ISET) de Buenos Aires, al que se dedicó en cuerpo y alma entre 1990 y 1996, logrando que alcanzara un notable predicamento".

El P. Joaquín López Pedrosa dijo a su vez en una homilía particularmente emotiva:

"En esta despedida de nuestro hermano, el mismo Benito nos sugiere: '*no estén tristes*'. Quienes lo hemos tenido como hermano y amigo, como director espiritual o como confesor, profesor, conocemos el temperamento que Dios le había regalado a Benito, tan exuberante, tan alegre, tan genial y a él también hoy se le ocurriría alguna frase que nos hiciera sonreír frente al misterio de su muerte. Con seguridad hoy nos diría: '*no me lloren, estén alegres, yo vivo. He creído firmemente en Jesucristo, el Señor de la vida, Cristo Resucitado. Él ha sido mi esperanza, por eso es que mi vida entregada a Él, ha tenido su sentido*'.

Sus magistrales artículos aparecidos mes a mes en el Boletín Salesiano de Argentina son prueba elocuente; nos han ido mostrando los sentimientos de Benito el teólogo, el maestro, el catequista, el pedagogo, el amigo de los jóvenes. No había interrogante de la juventud de hoy que no afrontara Benito

con decidida preocupación evangelizadora, para que la fe en Jesús presentara a este mundo dónde está la verdad, dónde encontrar respuestas a sus preguntas y dudas. Y siempre era Jesús, el maestro, el camino, la verdad y la vida. Sería interesante que releen los artículos de Benito en los Boletines Salesianos.

Fíjense la definición de teología que daba el teólogo Benito: *'ella no es comparable a un laboratorio que experimenta sobre ratas sino más bien es comparable a una voz que en la oscuridad indica hacia dónde tenemos que dirigir nuestros pasos para peregrinar el misterio. El teólogo indica que desde la oscuridad ha tratado de señalarles hacia dónde debían dirigir sus pasos para peregrinar el misterio'*.

Sabemos cuántas noches de oscuridad, de dolor, de tragedia existieron en la vida de Benito por su amor profundo a la Iglesia, a Jesucristo y a su evangelio... por no poder hacer componendas con el error y el pecado, con el atropello contra el hombre y su dignidad. Benito se jugó siempre por Jesucristo, Camino, Verdad y Vida y fue profeta desde el misterio y desde la oscuridad... Por eso sufrió las consecuencias de su valentía, de sus denuncias, de sus cuestionamientos. Fue acusado, perseguido y calumniado. Y él se mantuvo firme, coherente siempre con el Evangelio de Jesús.

El epitafio de Benito es el mismo que Cristo dejó grabado para toda la humanidad y que la Iglesia proclama en la Eucaristía, *' la vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma' "*.

Bahía Blanca, 24 de junio de 1997.